

quienes la corona podía haber convertido en fieles servidores y que querían la legalidad, rechazados de las regiones del gobierno, se unieron con los liberales.

Pero el liberalismo no se había cuidado de atraerse más que a los negociantes y propietarios; sus progresos ninguna ventaja habían proporcionado a la multitud, y con ataques sistemáticos, fundados o infundados, y con aquella insistente desconfianza que no permite el bien ni el mal, ni la debilidad ni el vigor, quitó al poder la fuerza necesaria para hacerse respetar. Por formarse un partido conculcó la religión; la economía política estudió los medios de aumentar la riqueza, pero no los de distribuirla, y cuando una vez se indicó en la cámara que al lado de la aristocracia propietaria se estaba levantando la aristocracia del capital, estas palabras parecieron a los liberales gravemente amenazadoras. Y sin embargo, había llegado el momento de cerrar la era de aquella aristocracia, y de sustituir a las mancas doctrinas del liberalismo otras más resueltas y positivas.

Desagrado a la oposición la conquista de Argel que daba lustre a las armas de Francia, y como Inglaterra se mostraba también descontenta por ver que ya no dominaría sola en el Mediterráneo, se preveía una guerra, sobre la cual ya los banqueros comenzaban a especular. Pero la guerra estaba en lo interior: multiplicábanse los manejos a medida que el gobierno parecía más resuelto a proseguir en su marcha antiliberal, y ya se preparaban a darse batalla la soberanía monárquica y la parlamentaria, soberanía artificial, con la cual había de mezclarse otra más verdadera.

CAPÍTULO XXIII

Revoluciones de 1830.

Los ministros, habiendo salido mal el experimento anterior de la disolución de la cámara, creyeron imposible gobernar conservando la constitución, y se prepararon a violarla con decretos ilegales; pero no sabiendo ser tiranos hasta el punto que se necesita serlo para dar con éxito los golpes de Estado, tomaron pocas y frívolas precauciones, en vez de tomar la única que podía valer para el caso, a saber, la fuerza, el ejército (1). El ministerio y el rey, que siempre se habían hallado frente a frente de literatos, comerciantes y doctrinarios, no se esperaban más que palabras, no tenían al pueblo: funesta ilusión que al disiparse debía llenar sus almas de desaliento. Los decretos expedidos en aquella ocasión versaban sobre los dos puntos que hemos llamado capitales a que se dirigía la oposición, a saber: las elecciones,

(1) Bien lo han hecho ver los Buonapartes así antes como después.

cuya base se alteraba en favor de los privilegiados, y la censura que se establecía para los periódicos. Así aquellos decretos tendían a destruir el poder político en la cámara y el poder moral en la imprenta; lastimaban los intereses de muchos que vivían de esta, ponían en agitación a los especuladores y en movimiento a los que pensaban pescar en río revuelto. Al primer anuncio de los decretos, se llenó París de consternación. Thiers, Chatelain y Cauchois-Lemaire hicieron una protesta contra la violación de las libertades; las oficinas de los periódicos se constituyeron en centros de acción, y aunque se había establecido el examen preventivo de los artículos, estos se publicaron, obligando a la autoridad a recurrir a la fuerza para suprimirlos. Los oprimidos se esforzaron en propagar la resistencia; los impresores cerraron sus establecimientos, respondiendo a los que iban a buscar trabajo, que la libertad había concluido, y que el gobierno había decretado la tiranía con todas sus consecuencias; los fondos públicos bajaron entonces; hubo anuncios de quiebras, y la efervescencia se convirtió en tumulto (27 de julio de 1830).

La corte, singularmente obcecada, se había retirado a Saint-Cloud, sin dar siquiera aviso al cuerpo diplomático. Fuera de los Suizos eran muy pocas las tropas que guarnecían la gran ciudad, y esas mandadas por el general Marmont, infamado por los recuerdos de 1815: la guardia nacional, tutora de la tranquilidad pública, había sido disuelta. Ningún obstáculo, pues, tenían delante de sí los liberales, los cuales repartiendo dinero, pronunciando discursos y fomentando el terror o la esperanza, excitaban al pueblo a la insurrección, a aquel pueblo en quien hasta entonces no habían pensado. En efecto, el pueblo se sublevó. En la noche del 27 de julio comenzó el movimiento en el barrio de la riqueza y de la prostitución. Salieron a las calles los alumnos de la escuela politécnica, como oficiales preparados para dirigir la desordenada acción de los sublevados, armados con lo que habían podido haber a las manos y especialmente con guijarros arrancados del empedrado; se desplegó la bandera tricolor, y al grito de *Viva la carta* se comenzó a combatir, a matar y a cortar las calles con barricadas. Cada esquina se convirtió en un punto de emboscada, cada calle en un campo de batalla, cada ventana en una tronera desde donde con certera puntería se dirigían los tiros a los soldados y gendarmes; mezclándose y confundiéndose como sucede en tales casos los actos de valor, de ferocidad, de temeridad, de locura, de prudencia, de generosidad. Desfogóse la ira contra la religión que había sido presentada como instrumento del despotismo, y el pueblo sublevado derribó en su furor las cruces, devastó los templos y demolió el palacio del arzobispo. La tropa, además de ser escasa, mostraba consideración al pueblo, por lo cual en breve alcanzó la Revolución la victoria.

El grito del pueblo vencedor fué el de República; pero los banqueros, los literatos, los hombres acomodados, retrocedieron asustados y procuraron entrar en negociaciones con la corte, a quien hacía inviolable la carta que se invocaba. Pero ya era tarde: La Fayette, hombre honrado, destinado a presentarse al fin de todas las revoluciones para cubrirlas con su nombre, recobró el aura popular, y sin otra investidura declaró que Carlos X había cesado de reinar.

El banquero Laffitte se había granjeado mucha reputación de integridad. Nombrado en los últimos años del Imperio gobernador del banco de Francia, renunció a los 100,000 francos del sueldo; Napoleón al huir depositó en su poder sus capitales; lo mismo hicieron los Borbones en los Cien Días; y él por su parte suavizó hasta con dinero propio los rigores del destierro al rey, y a París las amarguras que le produjeron las exigencias de los extranjeros. Oponiendo resistencia a la opresión, había restaurado la hacienda y aspiraba a hacer a Francia más rica, para que fuese más ilustrada y más libre. Sostenedor de la carta contra la arbitrariedad, llegó a ser el centro de la oposición: socorria con generosa delicadeza a los perseguidos, y habiendo dado subsidios a Luis Felipe de Orleans cuando tuvo que huir en 1815, se hallaba con él en relaciones amistosas. A su casa acudieron, pues, los campeones liberales para tratar de la situación de aquella patria que habían comovido y a la cual no sabían qué dirección dar. Mostrándose héroes cuando el valor ya no era peligroso, pretendieron hacer que redundase en su propio provecho la victoria del pueblo, y entre la voluntad bien marcada de este y el orden antiguo que querían derribar, tomaron, según su costumbre, un término medio.

Luis Felipe había sobrellevado la desgracia noblemente, ilustrándose, aprovechándose después de su saber para enseñar, y adquiriendo ideas liberales. Había combatido en España y escrito proclamas contra Napoleón, no en favor de los Borbones, sino en defensa de la República. De regreso a Francia con la Restauración, fué objeto de las esperanzas y de las intrigas de los liberales, que hallándose entonces triunfantes, lo exhortaron a hacerse rey. El pueblo y la juventud, que por instinto van derechos al fondo de las cosas y suprimen las transacciones para tomar la realidad de las situaciones políticas, no pedían una situación mejor que la antigua, sino un orden de cosas nuevo; no querían un mero cambio de personas, sino que aspiraban a que se resolviese cuál era la verdadera índole del gobierno representativo. La multitud, pues, acudía a la casa de ayuntamiento y se agrupaba en torno de La Fayette para formar la República.

El momento era supremo, no solo para Francia sino para Europa. Pero los liberales, gente mediana, que se espantaba de aquel atrevimiento,

y que al derribar el gobierno anterior no había provisto a la creación de otro nuevo, vencieron la incertidumbre de Luis Felipe, el cual montó a caballo y recorrió las desempedradas calles hasta llegar al palacio del ayuntamiento. Allí abrazó a La Fayette, y aquel abrazo restableció el trono y la dinastía de los Borbones, donde pocos momentos antes se había combatido para destruir al uno y a los otros.—Allí se enseñó a la Francia, en aquel momento republicana, a aclamar un nombre que no conocía y que aceptó como símbolo de un principio. De esta manera, víctimas sin nombre, vienen a servir de escalón a ambiciosos sin conciencia. La Fayette había redactado un programa tan vago como la declaración de derechos publicada en 1789; y encargado de presentarlo a Luis Felipe, le dijo: «Ya sabéis que yo soy republicano y que miro la constitución de los Estados Unidos como la más perfecta. Esta por ahora no conviene a Francia, pero el país quiere un trono popular rodeado de instituciones republicanas.» Esta frase agradó; ocho días después de la Revolución, Luis Felipe de Orleans fué proclamado rey por diputados que no habían recibido facultades para ello, y juró que «la carta sería una verdad.»

Carlos X y su hijo enviaron su abdicación, y la antigua dinastía salió de Francia por Cherburgo, salida que fué presenciada por el pueblo con una digna actitud de desprecio, suficiente por sí sola para demostrar cuánto se había mejorado desde el tiempo de la fuga de Varénnes. París empedró de nuevo sus calles y se encontró tan monárquico como antes, y la Francia acostumbrada a no vivir ni pensar sino por el modelo de París, aplaudió a la nueva dinastía, y maldijo a la caída porque así lo habían hecho los Parisienses. Proclamábanse los liberales satisfechos del buen éxito de sus largas tramas, por haber asegurado la existencia de la guardia nacional, el juicio por jurados para la imprenta, la responsabilidad de los ministros, la intervención de los ciudadanos en la formación de las administraciones municipales y provinciales y la sujeción a reelección de los diputados que admitiesen empleo o gracia del gobierno. Aquel trono erigido en el Palacio Real entre las tiendas y las galerías, era saludado como un triunfo de la clase media sobre la aristocracia. Sin embargo, se temió reconocer la soberanía nacional, dando a la nueva dinastía la legitimidad del voto público, y se la dejó en la especie de *semi-legitimidad* que se atribuye a los hechos consumados. El pueblo, que había sido el héroe de una batalla, cuyos laureles recogieron los ricos, continuó desheredado de su dignidad y de representación (1).

(1) He visto una carta de La Fayette del 12 de agosto de 1830, que decía: «Le peuple a tout fait. Courage, intelligence, désintéressement, clémence envers les vaincus, tout a été fabuleux de beauté. Quelle différence même avec les premiers moments de 89. Notre parti républicain, maître du terrain, pouvait faire prévaloir ses opinions. Nous avons pensé qu'il fallait mieux réunir tous les Français sous le

29 de julio.

Tres días.

Luis Felipe.

31 de julio.

9 de agosto.

Aqueños que en la Revolucion francesa no ven mas que una reproduccion de la inglesa, encontraron en estos sucesos una nueva semejanza. Ya hemos dicho que en 1802 Buonaparte fué parangonado con Monk: durante la Restauracion se habló continuamente de Estuardos y de Guillermo III: sin embargo, las concordancias son mas bien exteriores que íntimas, de accidentes mas que de fondo. La Revolucion inglesa fué hecha por los partidos independientemente del pueblo: la francesa se debe exclusivamente al pueblo. Grandes ambas como todas aquellas en que se trata de nacion y libertad, la inglesa es un acontecimiento parcial de un pueblo, la francesa es un acontecimiento europeo; la primera partió de principios secundarios, la segunda tuvo miras generales é ideales. El objeto de la primera fué dar á los Comunes y á los pares la preponderancia sobre el poder regio, por lo cual no ha dejado huellas: el parlamento que la guió, respetó la carta y no pensó en separarse de la legalidad constitucional; solo queria ponerse sobre la administracion del rey, y por medio de las reclamaciones y de la negativa de los impuestos influir en la eleccion de los ministros. La lucha le llevó mas allá; pero la nacion se manifestó en todos los períodos no educada para la República, y aceptó al hombre que le dió satisfaccion sobre los puntos debatidos y estableció un gobierno de hecho sin cuidarse del derecho. La francesa desde sus primeros pasos dió con su hacha en la raíz, en breve borró con su derecho todo lo que se fundaba en la historia y quiso reconstruirlo de nuevo. En un solo momento abolió los privilegios, al paso que la inglesa, ofuscada con la cuestion religiosa, los dejó intactos y la propiedad en manos de los ricos. La Revolucion inglesa se apoya en la Iglesia nacional y todos los partidos toman

» régime d'un trône constitutionnel, mais bien libre et populaire... »

(1) Ya el 5 de noviembre del año 1819 Agustín Thierry escribía en el *Censor europeo*: « C'est une opinion aujourd'hui à la mode, que de vanter la Révolution de 1688, et de désirer des Guillaumes III pour le salut et pour la vengeance des peuples. » Véanse las historias de Guizot, Villemain, Carrel, etc. En varios periódicos alemanes se insertó el siguiente paralelo entre la Revolucion inglesa y la francesa:

INGLATERRA.

Cárlos I. — Impopularidad del rey.
El parlamento largo.
Fuga á la isla de Wight.
Proceso y suplicio.
Gobierno del parlamento.
Cromwell. — Disolucion del parlamento.
Despotismo militar.
Ricardo Cromwell derribado.
Restauracion de Cárlos II.
Amnistía general con excepcion de los regicidas.
Conjuraciones papistas.
Impopularidad del duque de York.
Jacobo II, último hermano del rey.
Sospechas acerca del nacimiento del pretendiente.
Ordenanzas reales.
Parlamento de la Convencion.
Fuga y renuncia del rey.
Su destierro y el de su familia.
Se retira á Francia.
El primo del rey como pariente mas próximo es llamado al trono.

Las diferencias de las dos Revoluciones se exponen en el libro del señor Choiseul-Dairlecourt, titulado: *Parallele historique des Révolutions d'Angleterre et de France sous Jacques II et Charles X, Paris, 1814.*

por aliada á la Reforma, esto es, se dan una base comun y conocida. Por el contrario, en Francia la constituyente piensa un momento en hacer un contrato con la religion establecida; pero es rechazada por esta y la enemistad recíproca entre el poder nuevo y el antiguo político espiritual no hace mas que envenenarse.

La inglesa se puso en el terreno de los derechos positivos: no impugnó los hechos primitivos, si bien los eludió: reconoció los privilegios que la victoria habia dado al antiguo ejército, y trató de robustecer los que los dominadores habian concedido á los súbditos. La francesa dijo á los conquistadores: *Hoy los conquistados sois vosotros, sufrid la suerte que hicisteis sufrir hasta ahora al pueblo.* Por lo tanto, la Revolucion inglesa adquirió libertades políticas, la francesa sociales; aquella influyó en su isla, esta en toda Europa; la primera no excitó ni los temores de los fuertes, ni las simpatías de los pueblos, esta conmovió á toda Europa, y los pueblos la aceptaban como un principio, los señores, como una amenaza y donde fué tiempo se armaron para comprimirla. La Revolucion inglesa terminó por miedo á una abstraccion radical que hubiera derribado á aquellos aristócratas que la habian hecho; la francesa terminó por la reaccion de todos los extranjeros, pero despues de haber constituido una sociedad nueva, con ideas tales que ninguna ha muerto ni desaparecido, y que sobrevivieron á pesar de la opresion imperial, esperando el momento de reorganizarse y engrandecerse. El estado presente de Europa prueba que el miedo que causó no ha pasado todavía, y que la cautela dominante tiende á reprimir sus no bien desarrolladas consecuencias.

Sin embargo, en los accidentes exteriores, se presentan muchos puntos de semejanza entre una y otra Revolucion, que han servido de tema á paralelos retóricos (1), de donde quizá po-

FRANCIA.

Luis XVI. — Impopularidad del rey.
La Asamblea nacional.
Fuga á Varénnes.
Proceso y suplicio.
Gobierno de la Convencion.
Napoleon. — Disolucion del Senado.
Despotismo militar.
Napoleon derribado.
Restauracion de Luis XVIII.
Amnistía general con excepcion de los regicidas.
Conjuraciones liberales.
Impopularidad del conde de Artois.
Cárlos X, último hermano del rey.
Sospechas acerca del nacimiento del pretendiente.
Ordenanzas reales.
Convocacion de las cámaras disueltas.
Fuga y renuncia del rey.
Su destierro y el de su familia.
Se retira á Inglaterra.
El primo del rey como pariente mas próximo es llamado al trono.

drian deducirse provechosas lecciones, si cada pueblo y cada edad no quisiese renovar á su costa la experiencia.

El ministerio constituido despues de los tres dias de julio fué una confusion de voluntades, siendo difícil la inteligencia y la armonía entre republicanos, imperialistas, monárquicos de julio, dinásticos, como sucede siempre que se aniquila la autoridad, que pasa el poder á las calles y que triunfa un partido deseoso de caminar; pero ignorante del objeto á que debe dirigirse y de los obstáculos que le impiden la marcha. La parte moderada del ministerio, no pudiendo dominar la situacion, se retiró, y entonces se formó el gabinete Laffite, que se proponía « en lo interior establecer una Monarquía rodeada de instituciones republicanas, y » en lo exterior sostener en todas partes la libertad y vengar á Francia de los vergonzosos tratados de 1815. » Pero queriendo contentar á todos, llegó á no agrandar á ninguno, y aquel banquero salió pobre de un ministerio donde otros se habian enriquecido. Entonces volvió á creerse oportuno llamar al poder á los utilitarios y jacobinos, y Talleyrand, uno de aquellos políticos que creían que la primera necesidad era la de gobernar, se preparó á poner paz y orden en los negocios públicos.

1830.
3 de
marzo.

Faltaba borrar las afrentas de 1815. Los reyes, fieles al dogma de la Santa Alianza, se armaron en todas partes, y las hordas cosacas echaron sillars para inundar otra vez las orillas del Rin y del Sena. Francia, desprovista de armas y agitada como que acababa de salir de una reciente convulsion, no podia hacer frente á tan manifiesto peligro, sino aliándose con los pueblos que la imitaran, exponiendo así á toda Europa á un cambio radical, ó bien favoreciendo el movimiento revolucionario de las demas naciones solo lo suficiente para dar entretenimiento á sus enemigos y formarse un parapeto con los cadáveres de aquellas. Este fué el partido que tomó.

En aquel tiempo Rusia se extendía hácia el Asia mirando al Bósforo; Austria se sentía angustiada entre el descontento de los Italianos y la ambicion prusiana; Inglaterra, perjudicada en Oriente por los progresos de Rusia, se veía acosada en lo interior por los gritos lastimeros del pueblo que pedia pan; en España Fer-

La Revolucion de 1848 rompió del todo el paralelo; pero tambien se buscaron á esta fase comparaciones con la inglesa en las obras de Guizot tituladas: *Pourquoi la Révolution d'Angleterre a-t-elle réussi*, y *Monk, ou chute de la République et rétablissement de la Monarchie en Angleterre en 1660.* « Dos siglos pasaron (dice) desde que la Revolucion de Inglaterra derribó la cabeza del rey Cárlos I para caer de pronto tambien ella en el suelo regado por aquella sangre. La República francesa dió en breve el mismo espectáculo. Ojese decir todavía que estos grandes delitos fueron actos de gran política, exigida por la necesidad de fundar estas repúblicas que apenas sobrevivieron unos cuantos dias. ¡Pre-tension de la locura y de la perversidad humanas cubrirse con el velo de la grandeza! Ni la verdad de la historia ni el interes de los pueblos pueden admitir semejante menta. »

nando VII, casándose con María Cristiana de Borbon, habia disgustado á los absolutistas, que hasta entonces lo habian apoyado fuertemente, descontento que se habia aumentado con la variacion de la ley de sucesion que privaba de la corona á Don Cárlos, esperanza del absolutismo; en Portugal se disputaba tambien la sucesion entre Doña María, hija, y Don Miguel, hermano de Don Pedro; la Bélgica estaba airada contra el rey Guillermo por cuestiones de religion y por la preferencia que se daba á los Holandeses; en Polonia la nobleza habia intentado sublevarse muchas veces, y la Prusia estaba en lucha con las provincias del Rin. En todas partes los pueblos pedian reformas, las cuales eran sugeridas, ya por el ejemplo, ya por la imprenta libre, ya por el liberalismo propagado, ya por las sociedades secretas, ya por aquella instruccion mediana que hace creer fáciles las mejoras ó por el bienestar que permite pensar en ellas.

Todos volvian ansiosos la vista á Francia, admirando las dos ventajas que habia conquistado, la libertad de conciencia y la delegacion condicional del poder hecha por los gobernados. Creían que procuraría propagar á lo exterior el ardor que habia manifestado, y así como Alejandro de Rusia habia establecido una Santa Alianza de los reyes, del mismo modo se figuraban que Francia proclamaría una Santa Alianza de los pueblos, sustituyendo á la mutua garantía de las usurpaciones la mutua garantía de los derechos. Pero los liberales, propietarios y hombres de estudios, estaban interesados en la paz, y eligiendo tambien en este punto un término medio, y no atreviéndose á proclamar la solidaridad de los pueblos, inventaron como simbolo de la nueva política, como suprema conquista de tanto saber y tanta sangre, la *no intervencion*. La Santa Alianza habia proclamado que los reyes podian mezclarse en asuntos del gobierno interior de otros países, para evitar en ellos el establecimiento de instituciones liberales. Una revolucion hecha en nombre de la libertad, ¿podía no proclamar la máxima opuesta á la que proclamaban los que hasta entonces habian sido sus opresores? Con semejante dogma, falso como todos los que son demasiado genéricos, la Francia abdicaba desde el primer momento su dignidad de tutora de los pueblos oprimidos: sin embargo, reconociendo á cada cual el derecho de organizarse interiormente como creyese oportuno, se obligaba implícitamente á combatir contra quien tratase de poner obstáculos á esta organizacion.

Los liberales extranjeros leían con atencion cuanto se decia en la tribuna de Francia para ver cómo se explicaba el principio de la no intervencion, y oyendo precisamente la explicacion que deseaban, se pusieron á rasgar con una espada el mapa de Europa, delineado por la espada en 1814. Por tanto la Revolucion de Paris se propagó mucho mas rápidamente que

la de 1789, porque la una había sido social y la otra era política.

Holan-
da.
1814.
1815.
1816.
1817.
1818.
1819.
1820.
1821.
1822.
1823.
1824.
1825.
1826.
1827.
1828.
1829.
1830.
1831.
1832.
1833.
1834.
1835.
1836.
1837.
1838.
1839.
1840.
1841.
1842.
1843.
1844.
1845.
1846.
1847.
1848.
1849.
1850.
1851.
1852.
1853.
1854.
1855.
1856.
1857.
1858.
1859.
1860.
1861.
1862.
1863.
1864.
1865.
1866.
1867.
1868.
1869.
1870.
1871.
1872.
1873.
1874.
1875.
1876.
1877.
1878.
1879.
1880.
1881.
1882.
1883.
1884.
1885.
1886.
1887.
1888.
1889.
1890.
1891.
1892.
1893.
1894.
1895.
1896.
1897.
1898.
1899.
1900.

Cuando Napoleón repartía pueblos y tronos á sus hermanos, la Holanda había sido dada como feudo á Luis Buonaparte, y después (1810) unida al imperio como complemento de territorio. Pero apenas, á la caída de aquel, salió Molitor de Amsterdam, las autoridades francesas huyeron, se abatieron los signos de dominio y de bloqueo, Guillermo de Orange-Nassau se proclamó rey por la gracia de Dios, usó el lenguaje de soberano, habló de sus aliados, y en suma trasformó la antigua República en Monarquía, prometiendo, sin embargo, una constitución, como entonces hacían todos. En efecto, se proclamó una en que se daba al rey el poder constituyente y muchísima parte del legislativo. Se limitaban en ella las facultades de los municipios y provincias á la administración de los intereses particulares, bajo la pena de ser reprimidos por los Estados provinciales en caso de que traspasaran sus atribuciones. Los Estados provinciales nombraban los miembros de los Estados generales, pero sin dictarles instrucciones ni votos. Tampoco se daba á la imprenta la garantía del jurado, ni había responsabilidad ministerial, ni libertad de la prensa, y en cuanto á la instrucción pública se dejaba toda entera en manos del gobierno. Durante los Cien Días, Guillermo dió á sus Estados el nombre de Países Bajos, tomó el título de rey, dando á su heredero el de príncipe de Orange, y reformó la constitución instituyendo dos cámaras, la alta nombrada por el rey, y la baja por los Estados provinciales. Declaró también que protegería todos los cultos y que la diferencia de religión no sería en adelante obstáculo para optar á los empleos.

Bélgica.
1830.
1831.
1832.
1833.
1834.
1835.
1836.
1837.
1838.
1839.
1840.
1841.
1842.
1843.
1844.
1845.
1846.
1847.
1848.
1849.
1850.
1851.
1852.
1853.
1854.
1855.
1856.
1857.
1858.
1859.
1860.
1861.
1862.
1863.
1864.
1865.
1866.
1867.
1868.
1869.
1870.
1871.
1872.
1873.
1874.
1875.
1876.
1877.
1878.
1879.
1880.
1881.
1882.
1883.
1884.
1885.
1886.
1887.
1888.
1889.
1890.
1891.
1892.
1893.
1894.
1895.
1896.
1897.
1898.
1899.
1900.

Los Belgas, unidos por Napoleón á Francia, se separaron de ella en 1814 y no volvieron á unirse ni aun en los Cien Días, de modo que la Francia, como antes Austria, los poseyó durante la victoria, y los perdió al ser vencida. En la nueva composición de Europa que se verificó entonces, no teniendo la Bélgica una dinastía en favor de cuya legitimidad reclamar, fué adjudicada á título de aumento de territorio á la casa de Orange, con el gran ducado de Luxemburgo, que forma parte de la Confederación Germánica, y con la condición de hacer extensiva á los Belgas la constitución holandesa. Pero los Valones y Flamencos jamás han llegado á fundirse con ninguna de las naciones que los han dominado, ni con España, ni con Austria, ni con el imperio francés. Por otra parte, la supremacía imprudentemente dada á la sazón á dos millones de Holandeses sobre cuatro millones de Belgas, era mucho más gravosa para estos á causa de la diferencia de religión, debiendo un rey protestante gobernar un país que por espacio de tanto tiempo había identificado la idea política con la religiosa. Juraron, pues, fidelidad á Guillermo I, « salvo en los puntos que pudieran ser contrarios á la

1810

fe católica: » y luego los obispos de Gante, Namur y Tournay redactaron un *Juicio doctrinal* contra el espíritu de la constitución dada á los Belgas, sobre la cual también Roma hizo reclamaciones. Irritado el rey de los Países Bajos persiguió á los reclamantes, restableció los artículos orgánicos publicados por Napoleón como apéndice al concordato; dispuso que los nombramientos de curas párrocos se sujetaran á la aprobación del gobierno; que se hicieran rogativas públicas por el rey, y que los jueces prestasen juramento absoluto á la constitución. Los que se negaron ó pusieron restricciones al cumplimiento de estas órdenes, fueron destituidos sin formación de causa, y un tribunal especial se encargó de juzgar al abate Foere, redactor del *Espectador belga*, periódico eclesiástico. También se suscitaron quejas contra la creación de nuevas universidades que lastimaba la jurisdicción de los obispos en punto á la enseñanza teológica. El obispo de Gante fué procesado « por haber mantenido correspondencia sobre materias religiosas con una corte extranjera, » esto es, con el papa; los jueces lo condenaron á ser expuesto á la vergüenza pública y á la deportación, y habiéndose fugado, su nombre fué expuesto en el patíbulo entre dos malhechores. El rey, luego que le hubo privado de la jurisdicción, buscó vicarios que continuasen administrando la diócesis, y porque estos renunciaron, los dejó suspensos; castigó á los clérigos que censuraban los actos del gobierno; retuvo los sueldos á los curas y canónigos, y prohibió los votos irrevocables.

Los Católicos de Holanda, desde la época de la Reforma, estaban en relaciones con el nuncio apostólico residente en Bruselas, el cual enviaba las dispensas y daba las facultades necesarias á los arciprestes. Guillermo quiso formar causa al de Amsterdam porque había estado en correspondencia con el representante pontificio, y apenas bastó para hacerle desistir de este propósito la efervescencia que cundió entre los Católicos. En cambio favorecía á la antigua Iglesia jansenista holandesa; de modo que continuaban las elecciones cismáticas de obispos en Utrecht, Deventer y Harlem. Se prohibió también la publicación del jubileo; se prohibió al clero reunirse en asilos retirados para sus ejercicios y alistarse en misiones, y se dejaron vacantes las sillas episcopales. Tan evidente parcialidad descontentaba al clero católico, el cual se mostró aun más ofendido en 1825 cuando el rey pretendió que se sujetasen á la aprobación del gobierno las escuelas y los maestros. El que estudiaba fuera de estas escuelas aprobadas, no tenía derecho á ser colocado, y habiéndose abolido los pequeños seminarios, se trató de trasferir la dirección de los colegios nuevos y de los estudios filosóficos á los protestantes, pues que no podían los estudiantes entrar en un seminario sin pasar por los colegios de filosofía.

Venía, pues, Guillermo á resucitar las anti-

guas pretensiones de José II, sin pensar que pudiera tener tan mal éxito su empresa como lo tuvo la de aquel emperador; pero los que comprendían cuán estrechamente enlazadas entre sí están todas las libertades, se asustaban al verlo atacar las más sagradas, como son las relativas á la conciencia y al derecho doméstico. Por tanto los liberales se asociaron á los Católicos, los cuales sin intimidarse por la tacha vulgar de Jesuitas, conocieron cuán noble é importante era oponer resistencia á los actos arbitrarios. Disgustaba además ver cómo iba creciendo la deuda pública, mientras por otro lado se aumentaban las riquezas del rey, y últimamente un país tan adherido á Francia por su idioma, naturaleza é intereses, seguía siempre los movimientos de la nación francesa, agitando cuando esta se conmovía y tranquilizándose cuando se tranquilizaba. Era, pues, grande en los últimos años la efervescencia entre los Belgas, los cuales se lamentaban de la desproporción con que se les exigían contribuciones, de la poca representación que se les daba en las cámaras, y de la desconfianza con que los miraba el rey, sacrificándolos á los Holandeses, á quienes detestaban tanto como ellos los despreciaban (1). Los periódicos, y especialmente el *Correo de los Países Bajos*, fomentaban este descontento; pero el gobierno dió un decreto rigoroso contra la prensa, en cuyo decreto se quitaba á los Belgas la garantía del jurado para los delitos de imprenta.

En la segunda cámara de los Estados Generales se había formado una mayoría de oposición al gobierno, y de todas partes llovían peticiones, principalmente para obtener el jurado, la independencia de los jueces, la responsabilidad de los ministros, la libertad de imprenta y de enseñanza, y la fiel ejecución del concordato en favor de la Iglesia Católica. En 1819 se había obligado á las cámaras á votar los impuestos por diez años, terminados los cuales los Estados Generales debían prorrogarlos por otro tanto tiempo; pero en la segunda cámara los Católicos unidos con los liberales exigieron concesiones previas para votar los subsidios, y no habiéndose otorgado aque-

1820.

(1) « Si la naturaleza (escribía Nothomb) nos maravilla á veces creando seres dobles que viven una misma vida en cuerpos diferentes, ¿no han de llegar el arte y la política á alcanzar semejantes prodigios? Ved los dos pueblos belga y holandés, el uno con la espalda vuelta al otro, el uno que mira al Septentrion, el otro al Mediodía; cada uno con civilización, lengua y religión propia, hábitos peculiares, en una palabra, con distinta esencia; el uno adopta la legislación francesa, el otro la rechaza; el uno pide los jurados, el otro los desecha; el uno pide trabas en favor de su industria y de su agricultura, el otro libertad para su comercio; el uno pone tasa á las materias que el otro recibe sin derechos; su actitud nunca es la misma; cuando uno está erguido, el otro está inclinado. » *Essai historique sur la Révolution belge*, 1833, pág. 27. Es la obra más importante sobre aquella revolución juntamente con la *Histoire du royaume des Pays-Bas depuis 1814 jusqu'en 1830* del baron de Gerlach. Entrambos tuvieron gran parte en aquellos acontecimientos. Nothomb manifiesta que aquella revolución fué el resultado necesario de cuatro siglos y de las tentativas que fracasaron en 1565 y 1788.

llas, negaron el impuesto. Entonces el gobierno se vió obligado á condescender, pero destituyó á todos los magistrados que habían votado en contra suya. De Potter, autor de una historia filosófica de los Concilios y de otra revolucionaria de *Escipion Ricci*, conociendo luego de qué parte estaba la razón y riéndose del absurdo temor que inspiraban los Jesuitas, cuando el país se veía amenazado por otro lado de caer en la servidumbre, se puso á la cabeza de los Católicos liberales y propuso una suscripción nacional para indemnizar á los que padeciesen por la causa de la libertad. De aquí nació una especie de confederación, que muy pronto llegó á ser tan fuerte que pudo rechazar los decretos reales en nombre de la ley, y publicar una especie de manifiesto. La causa formada contra Potter, Thielmans y Barthels abrió el campo á discusiones en extremo perjudiciales al gobierno, y el destierro que se les impuso por pena fué recibido como una afrenta hecha á la nación.

1830.
22 de febrero.

Revolucion de Bélgica.

27 de noviembre.

Á combustibles tan preparados no faltaba más que la chispa que los inflamase, y la dió la Revolución de París. El 26 de agosto, acabada la representación de la *Muta di Portici*, se sublevaron los habitantes de Bruselas, pidiendo la separación de Holanda, y por rey al príncipe de Orange. Un mes se consumió en tratos con la corte del Haya, hasta que el príncipe Federico, hijo segundo de Guillermo, creyó cortar el nudo marchando con tropas sobre Bruselas. Allí se comenzó la batalla en las calles; los enemigos de la Bélgica sucumbieron, y la *Plaza de los Mártires* dará para siempre testimonio de la sangre que se derramó en aquellos días.

Extendiéndose la insurrección por todo el país, las tropas holandesas fueron derrotadas donde quiera que se presentaron, y la implacable casa de Nassau fué lanzada del trono de Bélgica.

Un partido aconsejaba la proclamación de la República para dar ejemplo á los demás países de Europa; pero los moderados creyeron que la primera necesidad era la de conservar la independencia, y que lejos de ponerse en hostilidad con los gobiernos europeos, debía aprovecharse aquel momento propicio para hacerles aceptar una Monarquía propia. Gerlach, Nothomb, Van der Veyer, Lebeau y Rogier, cuyos talentos y carácter se habían mostrado con ventaja en la Revolución, sostuvieron el bien del país dirigiendo los negocios con la perseverancia necesaria para resistir á las exageraciones generosas, é hicieron que se adoptasen la Monarquía constitucional, la exclusión de la casa de Orange, la independencia mutua de los poderes eclesiástico y civil, aboliendo el *placet*, la investidura régia y los concordatos, y proclamando la libertad de enseñanza, de predicación y de conciencia, y la admisión en las cámaras de los eclesiásticos que tanta parte habían tenido en la regeneración de la patria.